

LÍMITES Y CONTROVERSIAS DEL DISCURSO
TEÓRICO SOBRE EL INTERCAMBIO CULTURAL

SANZ CABRERIZO, Amelia, *Interculturas/Transliteraturas*, Madrid, Arco Libros, 2008.

El libro *Interculturas/Transliteraturas*, editado en 2008 por Arco Libros, serie Lecturas, reúne ocho artículos agrupados en dos partes: orientaciones teóricas y orientaciones metodológicas. Amelia Sanz Cabrerizo, responsable de esta compilación, inicia la obra con una extensa y valiosa introducción. Asimismo, Miriam Llamas Ubieto propone al final una selección bibliográfica.

Este volumen presenta una aproximación heterogénea y original al discurso de la interculturalidad. Heterogénea, porque las ocho aportaciones aquí reunidas son obra de investigadores procedentes de áreas tan diversas como la sociología, los estudios culturales, la didáctica de las lenguas extranjeras, la filosofía y la literatura comparada. Original, porque apartándose de voces canónicas o reconocidas por haber sido ya traducidas al español, nos brinda la oportunidad de acceder al trabajo de autores menos leídos por nuestros

lares pero de amplio prestigio internacional, como consta en las breves notas biográficas incluidas al final de la Introducción.

Precisamente en esas páginas de apertura, Amelia Sanz Cabrerizo describe con presteza las múltiples transformaciones sufridas por el concepto de cultura desde sus orígenes hasta las perspectivas marxista y poscolonial. Más adelante, tras una leve crítica al estado actual de la literatura comparada, revisa los principales paradigmas que han determinado la configuración teórica sobre los contactos entre culturas. Se entiende este denso pero revelador trabajo como un homenaje a los antecedentes históricos, filosóficos, sociológicos y literarios del discurso de la hiperculturalidad y de sus sucesivas modificaciones.

En lo que sigue, trataremos de comentar los aspectos más destacados de cada contribución trazando un posible recorrido de lectura. Nuestro modesto objetivo consiste en proponer un orden que pueda orientar al lector deseoso de adentrarse en los múltiples laberintos que conforman el debate teórico y metodológico de los contactos entre lenguas y culturas.

El punto de partida de nuestro sendero particular será el artículo de I. Even-Zohar, «La fabricación del repertorio cultural y el papel de la transferencia». Con el lenguaje claro y conciso que caracteriza los escritos derivados de la teoría de los polisistemas, esta lectura hace especial hincapié en la invención y la importación como procedimientos imprescindibles en la construcción de todo repertorio

cultural. Para el autor, la importación y transferencia de bienes culturales tanto «materiales» como «semióticos» en general están orientadas a «satisfacer ciertas funciones ausentes en la cultura de destino» (223). Otro factor que hay que tomar en consideración para entender cómo son aceptadas las importaciones es el papel de los agentes de la transferencia y su volumen de actividad.

Estos dos principios teóricos se ven ejemplificados en el estudio concreto de los intercambios culturales entre Francia y Alemania propuesto por Michel Espagne y Michäel Werner. En el caso particular de las interacciones filosóficas y culturales entre ambos países desde el siglo XVIII, se comprende el gran margen de maniobra del que disponen los mencionados agentes de la transferencia en la cita siguiente: «A menudo son oscuros mediadores los que introducen en Francia tal o cual elemento de la cultura vecina, y su impacto no depende en ningún modo de su notoriedad en su contexto original» (197). Salvando las distancias entre el paradigma alemán y el francés a la hora de enriquecer el repertorio cultural propio con importaciones exteriores, parece indiscutible que los agentes de la transferencia (intelectuales, emigrantes, viajeros) no orientan su labor en función del canon estético sino que se basan en criterios económicos, sociales e institucionales. La transferencia cultural se enmarcaría pues en un ámbito mucho más amplio que depende en muchos casos de la coyuntura político-ideológica de la cultura de recepción. Para entender el

trabajo de construcción de la imagen del Otro mediante el intercambio de informaciones o representaciones que llevan a cabo los agentes de la transferencia, Espagne y Werner no dudan en aludir a la todavía poco extendida noción de red, entendida como «sistema de elaboración colectiva de una ideología y más particularmente de una referencia intercultural» (209).

Este idea del esfuerzo colectivo subyacente en toda construcción intercultural nos permite efectuar un pequeño salto hacia los dos primeros artículos de la parte teórica del libro, en los que Jan Neverdeen Pieterse, en «La hibridación, ¿y qué?», y Wolfgang Welsh, en «El camino hacia la sociedad transcultural», tratan de forjar respectivamente un concepto de cultura, lejos de la noción tradicional, que se adapte a las sociedades multiculturales contemporáneas. La primera aportación analiza el concepto de hibridación, muy extendido en Estados Unidos, particularmente en el discurso poscolonial, y recoge algunas de las críticas que ha merecido. Así consta en las tablas introducidas por Pieterse: a la hibridación, heredera del sincretismo y la criollización introducidas por la antropología y la lingüística, se le reprocha, entre otros argumentos, el limitarse a ser una forma de autoidentificación que se ha desarrollado paralelamente a la decadencia de la hegemonía occidental. El autor sale en defensa de este concepto desmontando uno a uno los postulados contrarios a la hibridación de Friedman y llega a la conclusión de que no es un término nuevo, como parece deducirse de la amalgama

actual entre hibridación y colonialismo. Lo novedoso es «la magnitud y la velocidad» (89) con la que ocurre en nuestros tiempos. Al mismo tiempo, debemos considerarla como un paso hacia adelante en la superación de las categorías binarias impuestas por la epistemología cartesiana.

Es en este punto donde coinciden las perspectivas teóricas de Pieterse y Welsh. El recorrido histórico que efectúa el segundo artículo, sobre la evolución de la cultura en Europa desde mediados del siglo xvii –aunque con referencias a la Antigüedad–, reproduce y completa los cambios en la percepción del Otro recogidos por Pieterse en el mismo período. En términos genéricos, la época moderna extendió los brazos de la cultura a toda acción humana –no animal– «desde las prácticas más cotidianas hasta las más altas en los campos de la ciencia y el arte» (108), concepción que se generalizó y se despojó del carácter elitista de la Ilustración un siglo después con Herder. A pesar de reconocer su importancia, Welsh considera insuficiente la aportación del filósofo alemán al debate sobre la cultura, por la excesiva «homogeneización social, fundamentación étnica y delimitación intercultural» (110) que comporta. En este artículo son presentados asimismo como insatisfactorios por asemejarse en demasía al modelo herderiano los términos *multiculturalidad* e *interculturalidad*. La transculturalidad surge pues como la alternativa más adecuada para definir las manifestaciones actuales de la cultura. La imbricación entre formas de vida diversas se manifiesta así en un

micro y en un macronivel. Tal vez lo más destacable de este modelo provisionalmente válido, según el autor, que bebe de las aportaciones de E. Said, J. Kristeva y Wittgenstein, sería el deber de información al que apela para que conceptos de nuevo y viejo cuño, como la transculturalidad, se adecuen cada vez más a la realidad que pretenden describir.

La siguiente etapa en nuestro recorrido particular por *Interculturales/Transliteraturas* viene inspirada por una cita de J. Kristeva mencionada por Welsh al final de su trabajo: «El extranjero “está” en nosotros mismos: es el lado oscuro de nuestra identidad» (125). El artículo de Bernhard Waldenfelds, «Entre culturas», el más conceptual de la compilación, se centra precisamente en la experiencia de lo extraño y su entrelazamiento con lo propio desde una perspectiva filosófica. La inquietud que reflejan las palabras de Kristeva a propósito de la extrañeza intrapersonal encuentra su eco en las citas de Freud y de Rimbaud recogidas por Waldenfelds. Un paso más allá, el autor del artículo extiende la extrañeza del individuo para consigo mismo a la extrañeza respecto a la propia cultura y sus consecuencias en el contacto con el Otro. De este modo demuestra cómo la actitud de ciertas épocas y culturas hacia lo ajeno refleja en realidad la imagen que poseen de sí mismas. Marcada por la dialéctica platónica, la imagen del Otro en Europa se ha basado durante mucho tiempo en la exclusión: el Otro está donde yo no estoy y viceversa. Ello implica que rechazar al Otro signifique en realidad negar lo

Propio. Es en la aproximación hacia lo extraño donde aparece la figura del tercero «que no se puede reducir ni al comportamiento del receptor ni al del emisor» (178). La descripción de este «tercero», su papel de intermediario en el encuentro entre lo Propio y lo Ajeno, vendría a completar la figura del agente de transferencia evocado por I. Even-Zohar o la de los oscuros mediadores a los que se referían Espagne y Werner, ambos ejemplos mencionados más arriba.

Como colofón de la perspectiva teórica-filosófica contenida en los trabajos comentados hasta aquí, nuestro trayecto se detiene en su parte final en los tres artículos restantes, en los que se perciben las consecuencias de los discursos teóricos sobre la Otredad cultural en la crítica literaria, la escritura y la didáctica de las lenguas extranjeras. Para empezar, proponemos comentar en paralelo las dos aportaciones relacionadas con la literatura para dedicarnos más tarde a la que tiene un carácter más lingüístico.

A primera vista, «La ubicación crítica en la lectura intercultural», de M. I. Millington y «Restricción y movilidad. Hacia la dinámica del contexto cultural en literatura», de G. Schwab, ofrecen posturas diametralmente opuestas. Allí donde el primero empieza arremetiendo sin concesiones contra la actitud hegemónica de la crítica del Primer mundo a la hora de valorar la producción literaria del Tercer mundo, el segundo postula desde el inicio que dicha crítica es posible. «La práctica académica», sostiene Millington, «es un producto del

Primer mundo» y «tiene una fuerte propensión a elaborar una postura idealista por la cual el objeto literario es restringido a lo estético» (137). Ante tales declaraciones parecería como si cierta crítica literaria se mantuviera completamente al margen de los conceptos de transculturalidad, de extrañamiento de lo propio que hemos visto anteriormente y se sumara al discurso colonial totalitario. En contraste con esa visión tan categórica, más adelante Millington anuncia su aspiración de «leer “contra” la crítica» inspirándose en las teorías procedentes del campo poscolonial, a saber, E. Said, G. Spivak, H. Bhabha. Es aquí donde finalmente confluye la perspectiva de los dos artículos que nos ocupan.

Veamos ahora la orientación de Schwab. Tal como sostiene, desde los años 1990 el discurso postmoderno ha situado el estudio teórico de la literatura enlazado con su función cultural (no como el producto exclusivamente estético representativo de la crítica tradicional). Adoptando esta premisa, Schwab demuestra a partir del análisis de un breve relato de Kafka cómo la construcción de la imagen del Otro en el texto literario no escapa a las presiones y órdenes de la cultura propia. El trabajo de Millington tiene la virtud de advertirnos de los peligros que supone la elaboración de un discurso sobre el Otro literario desde la institución académica. Schwab, por su parte, se adhiere desde un principio a la óptica postmoderna y, reconociendo que no vale cualquier tipo de crítica, sostiene que existe un lugar desde donde el

crítico occidental puede pronunciarse y valorar las «literaturas menores», las que no se identifican con un sustrato cultural monolítico y fijo, sino que oscilan entre varios universos, como islas «desterritorializadas» (en términos de Deleuze y Guattari).

El artículo que hemos reservado para cerrar este recorrido crítico, «Del enfoque comunicativo a la perspectiva de la acción y de lo intercultural a lo co-cultural», se sitúa en el plano más concreto de la didáctica de las lenguas extranjeras. Este punto final, con el que, además, concluye el libro, tiene su razón de ser, puesto que la diversidad lingüística es la expresión misma de la interculturalidad. El título del artículo describe de modo explícito cómo la enseñanza de las lenguas extranjeras, si no en los manuales, por lo menos en los congresos, ha corrido pareja a la evolución del discurso teórico descrito en este volumen. El último paradigma didáctico consiste en preparar a los aprendices para convivir en contextos multiculturales: «No se trata solamente de comunicarse con el Otro [...] sino de actuar con el otro en lengua extranjera» (260). El valor de este enfoque co-cultural, que ha superado la era comunicativa de lo intercultural, como señala el autor, es relativo y limitado. Sería interesante acercar este enfoque a la noción de «red» presentada por Espagne y Wener, y dedicarle las amplias investigaciones que reclaman estos últimos.

En conclusión, frente a una área de conocimiento todavía en efervescencia, debemos agradecer a este volumen su doble utilidad: por una parte

recoge ocho trabajos hasta ahora inaccesibles en español y contribuye así a enriquecer el incompleto fondo de obras en dicha lengua sobre la teoría y los modelos conceptuales construidos alrededor de los fenómenos interculturales; por otra parte, además de presentarnos un rico acervo de voces críticas que nos informan acerca de los límites de lo híbrido, lo co-cultural, lo transcultural, y de mostrar la caducidad del modelo intercultural, este libro abre interesantes vías de investigación que deberían ser exploradas. Conviene asimismo señalar que las aportaciones aquí reunidas vienen a completar otros volúmenes editados anteriormente por Arco Libros en la serie Lecturas, como: *Teoría literaria y deconstrucción* (1990), *Orientaciones en literatura comparada* (1998) y *Teoría de los polisistemas* (1999).

No querría cerrar esta reseña sin agradecer el trabajo de los traductores y destacar el esfuerzo considerable que ha supuesto verter al español los artículos procedentes de lenguas (y culturas), como el alemán o el inglés, mucho más familiarizadas con lo *intercultural* y lo *transliterario*. «En español no tenemos términos para identificar estos matices» (133). Así reconoce María Goicoechea, una de las traductoras, su impotencia al tratar de plasmar en español términos ingleses como *intercultural* y *crosscultural*. En las limitaciones de la lengua española queda reflejado de modo harto significativo el largo tramo que queda por recorrer en el ámbito universitario hispánico para sumarse al debate de lo que es ya

hipercultural. Sirva este volumen para indicar el camino a seguir.

Goretti López Heredia
Universitat Oberta de Catalunya
glopezh@uoc.edu